



SANTA GUADALUPE, GUÁRDAME Y PROTÉGEME: TATUAJES SOBRE LA VIDA Y LA MUERTE

ANTROPOLOGÍA DE LA RELIGIÓN

RAÍCES
Revista Nayaragüense de Antropología

Santa Guadalupe, guárdame y protégame: Tatuajes sobre la vida y la muerte

Saint Guadalupe, Save Me and Protect Me: Tattoos on Life and Death

Carolina Romero Patiño

Docente la Universidad Distrital Francisco José de Caldas

ID Orcid <https://orcid.org/0000-0002-5662-6008>

cromerop@udistrital.edu.co / cromeropa@unal.edu.co

Recibido:15-07-2021

Aceptado: 10-09-2021



Copyright © 2021 UNAN-Managua
Todos los Derechos Reservados.

Resumen

En este artículo comparto algunos fragmentos de mi narrativa e historia de dos tatuajes que incorporé durante mi temporada de trabajo de campo en México en los años 2012 y 2017. Mi intención aquí más que explicar, es reflexionar sobre mi construcción corporal alrededor de los tatuajes y cómo la experiencia etnográfica significó considerables cambios en mi ser. Puntualmente con este escrito busco dejar abierta la discusión y la reflexión sobre nuestra práctica investigativa que muchas veces dejamos de lado o no le otorgamos la importancia epistemológica suficiente. De este modo, cierro el escrito con el planteamiento de algunos cuestionamientos que a manera de invitación convocan a repensar cómo co-construimos conocimientos con y de los otros, cómo co-construimos conocimientos con los cuerpos de los otros y desde nuestros propios cuerpos, cómo podemos expresar y comunicar lo incomprensible desde nuestros marcos de sentidos, con nuestras concepciones y prácticas emocionales; qué pasa con ese yo cuando finalizamos el trabajo de y volvemos a nuestros lugares de origen o a nuestras “normalidades” previas.

Palabras claves: Tatuaje, autoetnografía, cuerpo, salud y enfermedad

Abstract

In the current article, I will share some of my narrative fragments and the history of two tattoos that I made during my fieldwork season in Mexico through the years 2012 and 2017. What I mean to explain here, is the reflection about my corporal construction around the tattoo and how the ethnographic experience brought considerable changes in my being. Is my search to open the discussion and the reflection about our investigative practice which often we set aside or give it not enough epistemological importance. Thereby, I close the writing proposing some questioning as an invitation on re-thinking how we knowledge co-construct with and of the others knowledge, how we knowledge co-construct whit others people bodies and whit our ones, how we can express and communicate the not understandable from our sense frame, whit our emotional conception and practices; What happens on that “me”, as the fieldwork season get to the end and we go back to the origin place, to the previous “normality”.

Keywords: Tattooing, autoethnography, body, health and illness .





Introducción

Recuerdo que a la edad de 13 años, en mi ciudad natal Bogotá la capital de Colombia, conocí y establecí amistad con jóvenes “rockeros” que por sus consumos culturales empezaban a adquirir tatuajes en sus cuerpos. Tal vez por compartir con algunos de ellos ciertos gustos musicales, los tatuajes se convirtieron en una normalidad visual y corporal para mí. No obstante, en otros escenarios como en mi colegio, en los parques de mi barrio, en las calles o en las reuniones familiares, me acostumbré a escuchar opiniones de profesores, adultos y padres sobre la anormalidad, irracionalidad, extravagancia, insensatez o la mala decisión de las personas que decidían incorporar tatuajes. Posteriormente durante mis estudios de licenciatura en la Universidad Distrital de Bogotá, una entidad pública, reafirmé mi curiosidad por entender los estereotipos anclados a las prácticas de tatuajes y a las personas tatuadas, razón por la cual comencé a buscar en un campo epistemológico como la antropología, la comprensión de ciertos estereotipos vinculados a los tatuajes y cuestioné la definición de estas prácticas como simples modas o acciones “sin sentido” en las llamadas sociedades contemporáneas, urbanas y globalizadas.

Por lo anterior decidí iniciar desde mis estudios de maestría en Colombia y doctorado en México apuestas investigativas sobre las prácticas del tatuaje contemporáneo (1), donde me propuse a indagar el tema para entender los sentidos profundos y construidos por las personas que incorporaban tatuajes. Así, con mi trabajo de investigación de maestría desarrollado entre los años 2006 y 2009 intenté comprender la profesionalización del tatuaje como una forma de legitimar la práctica corporal en la ciudad de Bogotá (Romero Patiño, 2016). De aquel trabajo se desprendió mi interés por estudiar el doctorado en México para investigar los sentidos atribuidos al estilo de tatuaje que se puede considerar como mexicano. El abordaje etnográfico para realizar mis trabajos de investigación tanto en maestría como en doctorado, se definió por sostener un diálogo constante e inter-reflexivo entre las personas, sus historias, narrativas de tatuaje y yo que en el rol de investigadora, nos asumimos la tarea de co-construir conocimientos sobre las prácticas de tatuajes contemporáneos.

A partir de las anteriores experiencias etnográficas comprendí que las prácticas de tatuaje se constituyen en proyectos corporales intersubjetivos (DeMello, 2000) altamente reflexivos, textos autoetnográficos (Pratt, 2010) que posibilitan la reconfiguración y reescritura de las biografías personales en metáforas visuales; metáforas que sintetizan las historias narradas y significadas por las personas tatuadas desde sus corporalidades. De esta manera y con las narrativas e historias sobre los tatuajes logré comprender cómo un tatuaje al ser narrado y significado desde la experiencia corporal, adquiere reflexivamente sentidos y significados en las superficialidades corporales, es decir, no son solo asunto de las modas y la influencia de la cultura de masas.

Sinceramente y al finalizar la escritura de mi tesis doctoral comprendí profundamente este argumento desde mi propia experiencia al incorporar tatuajes y en especial con la adquisición de mis dos últimos tatuajes en el año 2015 y 2017. En este orden, el objetivo que me propongo con este artículo, es compartir con ustedes mi narrativa e historia de dos tatuajes, fragmentos de travesías que viví y que siento sintetizan mis tatuajes como aquellas metáforas que me permiten narrar mi confrontación con experiencias de vida y muerte.

1. Autores como DeMello (2000), Rubin (1988) y Fleming (2000) definen el tatuaje contemporáneo como aquella práctica que en sociedades urbanas se transforma y resignifica los sentidos del tatuaje tradicional y primitivo. Se constituye en un escenario de prácticas, consumos y co-construcciones corporales mediados por la industria del tatuaje, por biopolíticas nacionales y globales, la representación y circulación de imágenes e imaginarios en medios masivos de comunicación, que determinan un nuevo campo de sentido y significado.

Análisis y Discusión de Resultados

Aunque mi formación de pregrado no es en antropología, recuerdo la emoción que me generaban las prácticas y primeros ejercicios de trabajo de campo en mis primeros años al cursar la licenciatura en Ciencias Sociales. Creo y podría decir que al igual que mis compañeros, romantizábamos la experiencia de investigar en campo, en terreno y con las personas. Para graduarme de la licenciatura escogí realizar un breve ejercicio etnográfico sobre el performance de agrupaciones de metal en la ciudad de Bogotá. He de confesar que me divertí demasiado realizando este trabajo pues asistí frecuentemente a conciertos, bares y festivales de metal donde conocí y entablé amistad con algunos músicos y aficionados. Considero que por aquella gratificante experiencia, decidí iniciar una maestría en Antropología en el año 2006 en la Universidad Nacional de Colombia.

Durante los seminarios de metodología y teoría de la maestría, tratábamos de reflexionar entre profesores y estudiantes las implicaciones y retos que conlleva el trabajo de campo; sin embargo cuando realicé el mío para escribir el informe de grado, tuve algunas situaciones que me hicieron reflexionar mi construcción de género que no concebí, y que al contrario, descubrí con la vivencia en campo, pues estaba incursionando en un escenario de investigación altamente masculinizado.

Al finalizar mi informe de grado de maestría, comprendí que al investigar el tema del cuerpo y las corporalidades era necesario poner mi propio cuerpo si quería realizar con éxito el trabajo campo. Tal vez las reflexiones sobre estos aspectos se retoman en las aulas de clase, con lecturas y textos, pero siento que como investigadora no dimensionaba lo que significa investigar prácticas corporales como el tatuaje donde me sentí confrontada constantemente e incómoda al colocar mi propio cuerpo en el campo y en la escritura. En este horizonte comparto la reflexión que hace Gutiérrez Estévez (2010) al sostener que investigar y sobre todo pensar los cuerpos en contextos y culturas lejanas implica a nosotros los investigadores serios desafíos pues nos vemos muchas veces limitados por nuestros propios marcos de sentido, “¿cómo escribir con mi lenguaje sobre un sentido común que no es el mío?, ¿cómo escribir para que aquel sentido común ajeno que, parcialmente, llegamos a compartir con ellos, pueda, ahora, ser contado sin que parezca un sinsentido?” (pág. 9).

Con mucho esfuerzo y desde un ejercicio reflexivo, en este apartado del escrito les compartiré brevemente la historia de mi tatuaje que corresponde a una imagen de fotografía de mi padre quien falleció ya hace unos catorce años. Quisiera iniciar mi historia con los recuerdos de mi padre y su muerte. Cuando él falleció me encontraba finalizando mis estudios de maestría y llevaba bien adelantado mi trabajo de campo. En muchas de mis largas conversaciones con un tatuador amigo que trabajaba en un local de tatuajes en la ciudad de Bogotá, reflexionábamos y cuestionábamos la problemática implícita de tatuarse los rostros e imágenes de nuestros familiares y seres queridos ya fallecidos en nuestros propios cuerpos. En esta misma época, recuerdo cómo con una compañera de la maestría cuestionábamos este tipo de tatuajes y yo en el fondo, con estas conversaciones reforzaba mi inseguridad por realizarme un tatuaje con la imagen de mi padre meses después de su muerte. El argumento de mi compañera se relacionaba con la dificultad de aliviar y superar la pérdida por la constante presencia del tatuaje en el cuerpo. Posteriormente, al lograr finalizar mi tesis y graduarme de la maestría, decidí no incorporar la idea de este tatuaje porque en realidad sentí miedo al hacerlo, consideré en aquel momento que su presencia no permitiría realizar de manera efectiva el “duelo”.

Posteriormente a mediados del año 2012 viajé a México para emprender mi nuevo proyecto académico al iniciar la formación doctoral en Ciencias Sociales en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social -CIESAS- Occidente, con el fin de realizar una investigación sobre el sentido del estilo de tatuaje mexicano. Digamos que esta empresa se constituyó en un esfuerzo vital que traspasó el proyecto “académico” y resultó en todo una experiencia de vida, en una transformación ontológica y corporal, un cambio que desencadenó lo que considero en mi presente, un proyecto de sentido en mi búsqueda espiritual.



Cuando llegué a México a mediados de agosto del año 2012 me encontré con una cultura visual, que si bien desde mi contexto nacional intuía, realmente me sorprendió pues al observar tantas imágenes asociadas a la muerte o lo que yo consideraba muerte, cuestionaba completamente de mis creencias y mis concepciones culturales. Ingenuamente consideré que al estar acostumbrada en Colombia a historias, noticias y hechos donde la muerte por causa violenta es un tema cotidiano, sería un tema que podría manejar y que no me llegaría a afectar. Sin embargo experimenté uno de mis primeros choques culturales y tuvo que ver con encontrarme con imágenes y objetos (calaveras aunque decoradas con flores y colores) que generaron en mí reacciones corporales como malestares estomacales, dolor de pecho y sentimientos de profunda tristeza.

Realmente, ciertas imágenes con temas de la muerte o de la Santa Muerte me generaron y al momento lo siguen haciendo, unas sensaciones corporales que no logro explicar con palabras. Recuerdo cuando me reuní por primera vez con mi tutora de tesis la Dra. Alejandra Aguilar, y le comenté sobre mi interés por comprender las prácticas de tatuaje en México y en particular un estilo que se podría denominar como mexicano; no olvido sus advertencias a tan ambicioso proyecto pero también sus recomendaciones de esforzarme por compartir y vivir profundamente la cultura mexicana si quería realmente comprender mi problema de investigación.

Como una estudiante privilegiada, pude acompañar a la Dra. Aguilar a una práctica de salida de campo el treinta y uno de octubre, primero y dos de noviembre del año 2012, para documentar la celebración del día de muertos en el Estado de Michoacán. La salida de campo la realizamos con un grupo de estudiantes de Filosofía del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Reitero que me sentí privilegiada al vivir esta experiencia, pues jamás en mi vida hasta ese momento había compartido y comprendido de qué se trataba y cómo se vivía esta celebración. Aquella salida de campo fue fuerte para mí, porque comprendí que a pesar que mi padre había fallecido cinco años atrás, reflexioné al observar todo, que no había “superado” su muerte a pesar del olvido y el silencio. Tal vez para “superar” la muerte de nuestros seres amados, algunos de nosotros preferimos no hablar de ellos, guardar sus cosas, ropas y fotografías. Retomando la narrativa de aquella experiencia, recorriendo distintos pueblos en Michoacán, me sentí profundamente conmovida al observar las imágenes de fotografías de los familiares fallecidos en los altares que estaban ubicados en los cementerios.



Imagen N°1. Familiares Fallecidos



Recuerdo que en un pueblo llamado Tzintzuntzan, sentí una profunda tristeza, y al sentarme al lado del cementerio esperando a que los compañeros del ITESO concluyeran sus entrevistas de campo, lloré con tanto sentimiento que me sorprendí porque no había llorado de esa manera ni siquiera cuando mi padre falleció. Ahora años después pienso que literalmente tenía el llanto “atorado” y bien que mi cuerpo al final de mi estancia en México lo manifestó.

Puedo decir que en mi trabajo de campo me confronté constantemente con el tema de la muerte y el significado de la vida al compartir, al escuchar historias y narrativas de tatuajes con las personas que conocí y entablé amistad. Creo que el aprendizaje que ahora presumo se lo debo a mi experiencia en campo y gracias a las charlas con mis allegados y conocidos mexicanos sobre sus concepciones sobre la vida y la muerte. Lo anterior comenzó a desestabilizar mi sistema de creencias construido con mi familia y desde mi cultura en Colombia; hoy en día resignifico mi sentir pues pienso que nuestros seres amados nunca mueren, nunca se olvidan, siempre están presentes, somos su legado y a su vez ellos son nuestros ancestros, somos lo que ellos nos permiten ser y con su muerte reconocemos y celebramos la vida que tuvieron. Llegar a esta reflexión, implicó en mí un largo, difícil y doloroso camino.

Ya a finales de mi trabajo de campo en la Ciudad de México en agosto del año 2014, reflexionando y dialogando con varias personas, superé mi miedo y comprendí que en mi interior deseaba tatuar la imagen de una fotografía de mi papá en mi espalda. Robert “Gran Trece” realizó este tatuaje en estilo escala de grises; desde aquel momento y hoy en día concibo este tatuaje como “mi padre me sostiene, me cuida la espalda, está presente en mí, en mi corazón y pensamiento”.

Conocí a la Santa Muerte, me asusté y me tatué

Durante el desarrollo de mi trabajo de campo desde el año 2012 hasta el 2015, conocí una diversidad de historias e imágenes de tatuajes de dos deidades que desde mi cultura visual y mi intuición interpretativa consideraba antagónicas: por un lado, las imágenes e historias de tatuajes de la Virgen de Guadalupe y de otra parte, imágenes e historias de tatuajes de la Santa Muerte. Entonces cuando comencé a encontrar historias y escuchar narrativas del por qué de estos tatuajes, no podía hallar una explicación coherente para mí, tal vez por mi contexto cultural. Sin embargo, al dialogar con algunas personas, ellas me explicaban que en México los devotos que adoran a la Santa Muerte pueden venerar con igual respeto y devoción a la Virgen de Guadalupe y, que sus imágenes son tan familiares al atribuírseles bendiciones, protecciones y favorecimientos. Ahora bien, desde un estilo estético, las imágenes de tatuajes de la Santa Muerte y de la Virgen de Guadalupe gozan de gran aceptación y favoritismo en el círculo de los tatuadores y algunos tatuados, situación que determina una fuerte tendencia al incorporar estas dos imágenes de tatuajes.

En mi visita en mayo del año 2014, a la exposición de tatuajes de la Ciudad Nezhualcóyotl conocí a Adrián “El Tuki Tuki”, tatuador que para ese año, trabajaba en su estudio de tatuajes en el barrio Tepito de la Ciudad de México. En aquella ocasión conversamos con Tuki Tuki y acordamos una cita para poder realizar una entrevista en profundidad. Así en mi tercer viaje a la Ciudad de México en el mes de julio del año 2014, nos encontramos con Tuki Tuki en su local de tatuajes.



Para esa entrevista me acompañó Adriana, una amiga que había conocido en enero de ese año en la Exposición de Tatuajes de Monterrey. Adriana también había trabajado en el sector por lo cual me acompañó a la entrevista con Tuki Tuki. En el local nos encontramos Tuki Tuki, El Greñas, un amigo muy cercano de Tuki Tuki, Adriana y yo. Estuvimos toda la tarde hablando sobre las historias de tatuaje y al finalizar las entrevistas, realicé una sesión de fotografías, actividad constante para documentar mi trabajo de campo. Tomé fotos de los tatuajes de Tuki Tuki y Greñas y ellos con Adriana me recomendaron, que yo debía conocer el altar de la Santa Muerte que se encuentra ubicado en el barrio de Tepito. Fuimos y personalmente sentí gran emoción, pues varias personas me hablaban de la Santa Muerte y aunque previamente había observado algunos altares pequeños, no lograba imaginar cómo sería este altar.

Cuando llegamos al altar algo me pasó; ahora en mi evocación como en aquella vez, no sabía explicar lo que sentí en el estómago, sentí como un vértigo, como una sensación de miedo y susto. Observé todo el lugar, la cantidad de flores, el mismo altar, la Santa Muerte, las personas que al parecer estaban orando allí; recuerdo que durante el tiempo que estuvimos Tuki Tuki, El Greñas, Adriana y yo, llegaron varias personas, hombres y mujeres que ofrendaban ramos de flores exuberantes en su mayoría de color amarillo muy hermosos. Me intrigó que Adriana no quería ver a la Santa Muerte porque decía que era muy poderosa, no obstante observé a Tuki Tuki y Greñas muy tranquilos.

En ese instante alisté mi cámara fotográfica y comencé a tomar fotos pero en un momento la cámara empezó a apagarse y me extrañé porque cuando estaba en campo siempre tuve la precaución de alistar bien las baterías de las cámaras y grabadoras. Apagué la cámara, saqué la batería, volví y la introduje y prendí la cámara de nuevo y prendió. Tomé otras fotos y de nuevo la cámara empezó a fallar, las fotos salían borrosas, desenfocadas y me estresé aún más de lo que ya estaba. En ese momento Adriana dijo: ¡Se nota que no es mexicana, no le pidió permiso a la Santa Muerte para tomarle fotos!, yo le exclamé, ¿cómo así no entiendo? y Adriana me explicó ¡a la Santa Muerte se le trata con mucho respeto y no le pediste permiso para tomarle fotos, deberías comprarle una vela, prenderla, hacerle una oración y preguntarle si le puedes tomar fotos y veremos si se puede!

En ese momento me sentí muy estresada: compré la vela, la prendí, la puse en un espacio donde las personas ponían sus velas, sinceramente y desde el corazón oré, pedí disculpas por mi ignorancia, le expliqué que desde mi lugar de origen no me enseñaron a creer, le conté que yo era una persona que me consideraba incrédula y le pedí con sinceridad que me permitiera tomar algunas fotos. Aunque pude tomar pocas fotos, que la verdad no quedaron bien encuadradas; aún sigo considerando que el nivel de estrés determinó la mala calidad de las fotografías. Finalmente, apagué la cámara, hice una oración de agradecimiento y me despedí.



Imagen N°2.Trabajo de campo

Al llegar a la casa de Adriana, sitio donde me estaba alojando, pensé mucho la situación, sentí náusea y vomité. Ya esa noche no quise descargar las fotos de la memoria en mi computador y la verdad no quería pensar mucho el asunto porque me sentí muy extraña al orar ya que en mi vida no había orado y no sabía cómo hacerlo. Al otro día y al preparar otra jornada de campo donde tenía una cita con otro tatuador, comencé a preparar la cámara, cargué la batería con energía y me sorprendí porque la cámara no volvió a encender, en últimas, la cámara se dañó. Tuve que llevarla a donde un técnico en el centro de la ciudad y efectivamente me confirmó que a la cámara se le había dañado una pieza del flash y que por ello no funcionaba, así que la tuve que dejar y pagar el costo del arreglo. Mi lección al finalizar esta temporada en mi agenda del trabajo de campo fue: ¡a la Santa Muerte se le debe respetar!

Por muchas situaciones similares, a las que no podía encontrarles una explicación racional empecé a cuestionar mi incredulidad y ateísmo inculcado desde niña y reitero como lo dije al inicio de este texto, todas estas experiencias me ponían en un lugar sin piso, muchas veces cuestioné mi sentido de vida y empecé a reflexionar y pensar sobre la existencia de situaciones, experiencias, sentires, sensaciones que no podemos explicar: ¿será que Dios si existe, o los dioses, las vírgenes o cómo...? y ahora, ¿quién soy yo si toda mi vida construí una identidad y un sentido de vida donde todos ellos no existen?, ¿cómo podría entender mi sentir, mis extrañezas?

Mi Santa Guadalupe: ¿por qué un tatuaje “religioso”?

¿Por qué un tatuaje “religioso”? fue la pregunta que me realizaron con extrañeza algunos familiares y amistades cercanos en Colombia cuando regresé en el año 2018 al observar el último tatuaje que incorporé. Se intriguaron por completo por el tema de la imagen. Al tratar de explicar la presencia de este tatuaje en mi cuerpo, comprendí que al igual que las personas que colaboraron conmigo y compartieron sus historias de tatuajes para escribir mi tesis de doctorado, mi narrativa de sentido tiene origen en antiguas evocaciones que traspasan el momento mismo de la incorporación del tatuaje; es más, su historia no comienza con mi llegada y mi vida en México, sino que inicia con mi propia historia familiar.

Como les comentaba al inicio de este escrito, soy Colombiana y nací en la ciudad de Bogotá la capital del país en 1980. Nací en el seno de una familia realmente poco convencional, pues mi padre el Señor Manuel como le decían vecinos, compañeros de trabajo y hasta familiares era un respetado profesor universitario de economía que en su historia personal y de vida se definía como comunista, ateo y que hasta el día de su muerte, el 16 de septiembre del año 2007 con sus propias palabras lo seguía reiterando. Mi madre, la señora María Cristina, una mujer que por su historia de vida y al ser hija de campesinos no católicos pero creyentes, rebeldes y liberales para la época, también construyó una identidad política bajo el comunismo con un sentir ateo. Tal vez ambos fueron la pareja perfecta en ese aspecto ya que al coincidir con muchas ideas y prácticas, no bautizaron a sus hijos; es decir, a mis dos hermanos mayores y a mí nunca nos obligaron a creer o tener sentimientos de amor o empatía en relación a la religión católica, a Dios, a Cristo o a la virgen María, figuras hegemónicas en una Colombia que a pesar de constituirse en una de las naciones más violentas no sólo de América Latina sino del mundo, saca pecho al definirse como el país del Sagrado Corazón de Jesús.

Mis hermanos y yo, crecimos escuchando narrativas y explicaciones de nuestros padres sobre la no existencia de Dios y sobre el rol de la religión católica en nuestro país para subordinar la libertad de pensamiento y de acción en la población. Realmente llevar esta “cruz” en un país mayoritariamente católico fue todo un reto, en primer lugar siento que la mayor parte de mi vida, casi desde la edad de los 8 años, he tenido que explicar, defender y justificar el hecho de ser atea (hasta los 33 años) y en segundo, explicar y convencer a los demás que tener padres comunistas y ateos no era malo y raro como me lo llegaron a expresar en su momento, profesores, amigos y hasta familiares.

Al realizar mi trabajo de campo en México, me confronté con estos sentimientos, creencias y espiritualidades que consideraba ya resueltos, el creer o no creer. Confrontarme con otro sistema de creencias y espiritualidad como el mexicano (aclarando que es un campo de gran diversidad y complejidad) literalmente me dejó sin piso argumentativo y emocional. Hasta este momento de mi vida, a la edad de 40 años si me preguntan si creo o no, respondo: tal vez, yo creo que sí ¡después de todo lo que he pasado, por qué no! ¿Pero qué significa creer y en qué creo?

Siento que aún no tengo una respuesta contundente para esas preguntas, pero quisiera cerrar este escrito compartiendo un poco la narrativa que explica ¿por qué incorporé un tatuaje “religioso”? una historia de tatuaje que comienza con mi vida familiar, con mi convivencia con mis padres y en Colombia. Tal vez cuando tenía 20 años jamás me hubiese tatuado una Santa Guadalupe, sin embargo más allá de la imagen y reflexionando sobre mi ser en la actualidad, este tatuaje cuenta esa historia de vida y muerte para mí, esa historia inmersa en un proyecto académico que me confrontó con muchas experiencias que movieron mi mundo y mi propia racionalidad.



A mediados del año 2015 cuando cerré mi trabajo de campo y me disponía a iniciar la escritura de mi tesis doctoral, enfermé gravemente al punto de no poder digerir los alimentos lo cual me llevó a buscar una explicación médica. Por un diagnóstico con algunos médicos que consulté, descubrí que tengo una enfermedad autoinmune que se llama Acalasia, una enfermedad que al parecer es genética y afecta la motricidad del esófago agudizándose en edades adultas. Su principal síntoma se relaciona con la dificultad para dirigir los alimentos al estómago al punto tal que un enfermo no puede comer ni tomar líquidos. En Colombia viví malos momentos y con diagnósticos erróneos, lo que generó que mi esófago se afectara considerablemente y que en la actualidad tenga lo que clínicamente se denomina como “megaesófago”.



La situación de mi enfermedad se complicó demasiado al punto que mi madre tuvo que viajar de Colombia a México para apoyarme en la recuperación de mi salud. En noviembre tuve mi primera hospitalización y cirugía de la cual salí muy mal; recuerdo la primera noche que pasé en el hospital después del intento de cirugía que me realizaron para mejorar mi calidad de vida. Esa noche experimenté el miedo que jamás he sentido en toda mi vida, ni siquiera cuando acompañé a mi padre en su lecho de muerte. Ese 20 de noviembre sentí que la vida se me iba, tenía tanto dolor, me temblaba el cuerpo, tenía mareo y sentí mucho frío, recuerdo que agarraba la mano mi madre y silenciosamente pensaba, todavía no me quiero morir y una voz en mi mente, no sé si era mi propia voz o era la voz de mis ancestros o la voz de la Virgen de Guadalupe o de San Charbel o de la Santa Muerte, me decía ¡si se duerme esta noche, mañana no despierta!



Dos de mis mejores amigas me acompañaron en ese momento tan difícil; Rosi colgó en mi cuello una medallita de San Charbel y Griselda colocó debajo de mi almohada una estampita de la Virgen de Guadalupe para que me protegieran y me dieran fuerza. Recuerdo que mi primera y segunda noche después de la cirugía, oré desde la profundidad de mi ser, oré a Dios, a la Virgen de Guadalupe, agarraba la medallita de San Charbel, oré a la Santa Muerte, oré a todos; fueron dos noches seguidas muy estresantes en las que hice un esfuerzo corporal por no dormirme. Al tercer día, de nuevo esa voz me dijo: ¡lo logró, puede tener calma, tenga fe!, aunque sentí un poco de paz, estaba conmocionada por mi mente racional que no me permitía entender qué era eso de tener fe, cómo hacer para tener fe, cuando de niña me enseñaron a no creer ni tener este tipo fe.



Ya en marzo del año 2016 tuve una segunda cirugía que salió exitosa sin embargo en el transcurso de esos meses y con casi un año de recuperación, resignifiqué las concepciones e imaginarios que tenía de la vida y la muerte; sentí que tenía que pausar mi mente racional, aquella mente y pensamiento que construí por años y décadas, me permití explorar y contemplar otras explicaciones, empecé a silenciar mi mente en un mundo constantemente ruidoso y exigente con el sobre-pensamiento; decidí hablar con Dios, con la Virgen de Guadalupe con la Santa Muerte, decidí preguntarles por el sentido de las experiencias que viví en México durante estos años; el por qué confrontarme de esa manera con la vida y la muerte.



Con estas historias tal vez fragmentadas y en desorden, decidí en octubre del año 2017 con ayuda de Robert Montoya un tatuador muy reconocido de la ciudad de Monterrey, incorporar mi último tatuaje una virgen, una Virgen de Guadalupe. Finalmente y cerrando mi ciclo de vida y convivencia en México y, ¡tal vez casualidad o no!, el 12 de diciembre del año 2017 se programó y presenté con éxito mi examen de tesis doctoral en el CIESAS, el final de un proyecto y un proceso que trascendió mi experiencia formativa y profesional. Esta fecha se convierte significativa en mi memoria porque miles de fieles no sólo en México sino en varias partes del mundo, rinden homenaje a la Virgen de Guadalupe, entonces mi cierre en México y con la incorporación de mi tatuaje de la Virgen, se constituye hoy en día en el homenaje que le brindo a la Virgen; mi tatuaje aquí es una presencia altamente significativa en mi cuerpo, en mi yo, y con ella busco escribir en mi cuerpo los distintos aprendizajes que tuve en esta etapa de mi vida (aprendizajes que pueden ser escritos y narrados en otra historia).



Imagen N°3. Tatuaje de la Virgen de Guadalupe

Conclusión

Sostengo que las prácticas de tatuaje trascienden la superficialidad del cuerpo, de la piel. Tuve el privilegio de conocer y aprender con otras historias corporales tan profundas, que la imagen no solo es una creación iconográfica, es toda una construcción y resignificación epistemológica de lo que somos, de lo que dejamos de ser en un momento determinado, de lo que aprendemos a ser nuevamente, de lo que queremos recordar, cómo lo queremos recordar, de lo que queremos sentir, creer y cómo lo hacemos.

Quiero cerrar este documento con una reflexión abierta: tal vez, el rol o la posición de investigador, se sitúa más allá de escribir y explicar lo que nos proyectamos con nuestros temas de investigación. Y es aquí, donde quiero cuestionar y proponer futuros debates en relación al trabajo de campo ¿qué sucede con nosotros, los llamados investigadores, antropólogos o etnógrafos y nuestros cuerpos y corporalidades durante y después del trabajo de campo?, ¿qué sucede con nuestras construcciones del yo cuando nos movemos en líneas tan delgadas y complejas de la racionalidad y la irracionalidad en las distintas experiencias de campo?, ¿qué ocurre cuando vivimos experiencias fuera de nuestra propia comodidad cultural y corporal en el trabajo de campo?, ¿qué pasa cuando nos confrontamos con la diversidad de cosmovisiones, sentires y espiritualidades que nos retan la percepción y el lenguaje durante el trabajo de campo?, ¿qué pasa cuando nuestros hallazgos e interpretaciones no “entran” o no pueden ser tomadas en serio en escenarios académicos al ser tachados de pseudo-científicos y poco rigurosos posterior al trabajo de campo?, ¿qué pasa cuando estos aprendizajes de



campo no pasan de ser historias “anecdóticas” de mi experiencia de campo y no nos permiten repensar y deconstruir epistemologías?; ¿qué pasa con ese desencuentro, ese extrañamiento, esa tensión y sus efectos en mi yo después del trabajo campo? ¿Quiénes somos después de tener el privilegio de hacer trabajo de campo y conocer las diferentes formas de ser “un ser humano”?

En nuestros campos de formación profesional, en particular en la Antropología tenemos el privilegio de dedicar tiempo y espacio para reflexionar cómo construimos conocimientos y re-pensamos nuestros marcos metodológicos e instrumentos de recolección de datos. Con este escrito, se pretende poder ahondar con reflexiones y experiencias en contextos latinoamericanos, para aportar a futuros trabajos de investigación cuyo eje central es el cuerpo y problematizar qué lugar ocupa nuestras corporalidades en los distintos ejercicios epistemológicos. Bajo este horizonte, mi apuesta es concebir el trabajo de campo más allá de una experiencia metodológica a toda una vivencia donde nuestras ontologías pueden significar nuevos marcos de-construcción epistemológica. Desde la orilla de la reflexividad, busco socializar cómo podemos hacer uso de las auto etnografías para co-construir nuestros campos epistemológicos desde posicionamientos contextuales en América Latina.

Bibliografía

DeMello, M. (2000). *A cultural history of the modern tattoo community*. United States Of America: Duke University Press.

Gutiérrez Estévez, M. (2010). Esos cuerpos, esas almas. Un introducción. In M. Gutiérrez Estévez, & P. P. (eds.), *Retóricas del cuerpo amerindio* (pp. 9-56). Madrid: Iberoamericana.

Pratt, M. L. (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica.

Aschieri, P., & Puglisi, R. (2010). Cuerpo y producción de conocimiento en el trabajo de campo. Una aproximación desde la fenomenología, las ciencias cognitivas y las prácticas corporales orientales. In S. (. *Citro, Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos* (pp. 127-148). Buenos Aires: Editorial Biblos.

Rubin, A. (1988). General Introduction. In A. (. Rubin, *Marks of Civilization. Artistic Transformations*

Carolina Romero Patiño

Licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Maestra en Antropología Social de la Universidad Nacional de Colombia y Doctora en Ciencias Sociales del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social – CIESAS. Docente de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y la Universidad Antonio Nariño.